

José Lezama Lima

Bibliografía poética: José Lezama Lima. La Habana 1910 – 1976. Dirigió entre 1944 y 1956 la revista Orígenes, uno de los proyectos culturales más importantes del continente. Su obra poética, narrativa y ensayística fue descubierta fuera de Cuba por editores y críticos, gracias a la irrupción de su novela París (1966), que forzaba los límites del género y se burlaba de gramáticas y preceptivas, para narrar la historia de un aprendizaje poético. Promotor de revistas y círculos, supo congregar en torno suyo a poetas de la talla de Gastón Baquero, Clínico Villor, Eliseo Diego, Virgilio Piñera y Octavio Smith, entre otros. Su amistad con el poeta y sacerdote español Ángel Gárate (1914), contribuyó a la formación de su mundo espiritual.



Muerte de Narciso

Dañas teje el tiempo dorado por el Nilo
envolviendo los labios que pasaban
entre labios y vueltas desfiguradas.
La mano o el labio o el pájaro navabán
Era el círculo en nieve que se abría
Mano era sin sangre la seda que boraba
La perfección que muere de rodillas
Y en su celo se esconde y se divierte.

Vertical desde el mármol no miraba
la frente que se abría en loto húmedo.
En chilido sin fin se abría la floresta
al arado redoble en flecha y muerte
¿No se apresura tal vez su fría mirada
sobre la garza real y el frío tan débil
del poniente, grillo que ayuda la fuga
del dormir, llama fría y lengua difilereada?

Rostro absoluto, firmeza mentida del espejo.
El espejo se olvida del sonido y de la noche
y su puerta al cambiante pontífice entreabre
Máscara y río, grillo de los sueños
Frío muerto y cabellera desterrada del aire
que la crea, del aire que le miente son
vida una amarrada a la nube y a la abierta
boca negada en sangre que se mueve.

Ascendiendo en el pecho solo blanda,
olvidada por un aliento que olvida y desentrena.
Olvidado papel, fresco agujero al corazón
saltante se apresura y la sonrisa al caracol.
La mano que por el aire líneas impulsaba,
seca, sonrisas caminando por la nieve.
Ahora llevaba el oído al caracol, el caracol
Enterrando firme oído en la seda del estanque.

Granizados toronjiles y ríos de velamen congelados,
aguardan la señal de una mustia hoja de oro,
alzada en espíritu, sobre el otoño de aguas tan hirvientes.
Docil rubí queda suspirando en su luga ya ascendiendo
Ya el otoño recorre las islas no cuidadas, guamecidas
islas y aislada paloma muerta entre dos hojas enterradas.
El no en la suma de sus ojos anunciable
lo que pesa la luna en sus espaldas y el aliento que en halo converda.

Antorchas como peces, ilaco garzón trabaja noche y cielo.
arco y cestillo y siérpeas encendidos, carámbano y lebrel
Pluma morada, no mojada, poe mirándome, sepulcro
Ecuestres faisanes ya no advierten mano sin eco, pulso desdoblado:
los dedos en inmóvil calendario y el hastío en su trono cejijunto.
Lenia se forma ola en la marmórea cavidad que míra
por espaldas que nunca me preguntan, en veneno
que nunca se perversa y en su escudo ni potros ni faisanes.

Como se dorrama la ausencia en la flecha que se alisa
y como la fresa respira hilando su cristal,
así el otoño en que su labio muero, así el granizo
en blando espejo destroza la mirada que lo cine,
que lo miente la pluma por los labios, laberinto y halago
le recorre junto a la fuente que humedeco el sueño.
La ausencia, el espejo ya en el cabello que en la playa
extiende y al aislado caballo pregunta y se divierte.

Fronda leve vierte la ascensión que asume.
¿No es la curva corintia iración de confitados mirabeles,
que el espejo reino o navega, ciego desderiado?
¿Ya se siente temblar el pájaro en mano terronal?
Ya sólo cae el pájaro, la mano que la cárcel muere,
los dioses hundidos entre la piedra, el carbunclo y la doncella
Si la ausencia pregunta con la nieve desmayada,
forma en la pluma, no círculos que la pulpa abandona sumergida.

Triste recorre –curva ceñida en encierto alrón–
el espacio que manos desalojan, timbre ausente
y avivado azafán, llenos redobles sus extremos.
Convocados se agitan los durmientes, fruncen las olas
balloando en torno de ajedrez dormido, su insepta llora.
Su insepta madera blanda el río pico del hirviente cisne.
Reluce muelle falsos diamantes, pluma cambiante, torso ellas.
Verdes chilidos juegan las olas, blanda muerto el
relámpago en sus venas.

Ahogadas cintas mudo el labio los ofroce.
Orientalces cestillos cuelan agua de luna.
Los más dormidos son los que más se apresuran,
se entierran, pluma en el grito,
silbo enmascarado entre frentes y garlos.
Estrido mármol como un río que recurre o aprisiona
los labios desfigurados, pero los ciegos no oscilan.
Espira de heroicos tenores caen en el pecho de una paloma
y allí se agitan hasta relucir como flechas en su abrigo de noche.

Una flecha destaca, una espalda se ausenta.
Relámpago es violeta si filifer en la nieve y terco rostro.
Tierra húmeda ascendiendo hasta el rostro, flecha cerrada.
Polvos de luna y húmeda tierra,
el perfil desgajado en la nube que es espejo
Frescas las valvas de la noche y límite alrededor de las conchas.
en su cárcel sin sed se destacan los brazos,
no preguntan corales en estriás de abóreas y en secretos
confusos despiertan recordando curvos brazos y engaste de la frente.

Desde ayer las preguntas se divierten o se cierran
al impulso de frutos polvorosos o de islas donde acampan
los tesoros que la rabia esparce, adula y reconviene.
Los doncelos trabajan en las nuecas y el sunidor de frente a su sonido
en la llama fabrica sus raíces y su mansión de gritos solterados.
Si se aleja, recla abajo, el espejo destroza el río mudo.
Si se hunde, media sirena al fuego, las hilachas que surcan el invierno
tejen blanco cuerpo en preguntas de esfumata polvorienta.

Cuerpo del sonido el enjambre que mudos pinos clamán,
despertando el oleaje en lisas llamaradas y vueltas sosegadas.
gulados por la paloma que sin ojos chilló,
que sin clavel la frente espejo es de ondas, no recuerdos
Van reuniendo en ojos, hilando en el clavel no siempre ardido
el obismo de nieve alquilada o gimiendo en el cielo apuntulado
Los corceles si nieve o si cobre gulados por miradas la suplica
destilan o más firmos recuran a la mudez primera ya sin cielo

La nieve que en los sistros no penetra, arguye
en hojas, recta destroza vidrio en el oído,
nidos blancos, en su centro ya encienden liblos los coralos,
huidos los doncelos en sus ciervos de hastio, en sus bosques
rosados.

Convierten si coral y doncel rizo las voces, nieve los caminos,
donde el cuerpo sonoro se meco con los pinos, delgado cabecero.
Mas esforzado pino, ya columna de humo tan agudo
que canario es su aguja y surtidor de viento desrizado.

Narciso, Narciso. Las astas del ciervo asesinado
son peces, son llamas, son llautas, son dedos mordisqueados.
Narciso, Narciso. Los cabellos guinda florentinos reptan perfiles,
labios sus rutas, llamas irisadas las olas mordiendo sus caderas
Poz del frío verde el aire en el espeso sin estriás, racimo de palomas
ocultas en la garganta muerta; hija de la flecha y de los cisnes
Garza divaga, concha en la ola, nube en el desaire,
espuma colgaba de los ojos, gola marmórea y dulce plinto no
ofreciendo.

Chillidos frutados en la nieve, el secreto en geranio convertido
Lo blancum seda es ascendiendo en labio derramada,
abre un olvido en las islas, espada y pestanas vienen
a entregar el sueño, a rendir espejo en litoral de tierra y roca impura.
Humedos labios no en la concha que busca recto hiló,
esclavos del perfil y del velamen secos el airo muorden
al tornasol que cambia su sonido en rubio tornasol de cal salada,
busca en lo rubio espejo de la muerte, concha del sonido.

Si atraviesa el espejo hierven las aguas que agitan el oido.
Si se sienta en su borde o en su frente el centurión pulsa en su
cosido
Si declina ponrá en la mirada y se fruncen las lotas en el sueño.
Ola de alro envuelve secreto albino, piel arponeada,
que coloreado espejo sombra en el recuerdo y minuto del silencio.
Ya traspasa blancura recto sinín en llamas secas y hojas llorizadas
Chorro de abejazos increadas muorden la estela, pidenlo el costado.
Así el espejo avigurado callado, así Narciso en pleamar lugó sin alas.

Conocedor profundo de Góngora, Platón, los poetas órficos y los filósofos gnósticos, Lezama compendió su vida en el amor a los libros. Su obra culturana es la salurada de claves, enigmas, alusiones, parábolas y alegorías que aluden a una realidad secreta, íntima y, al mismo tiempo, ambigua. Desarrolló una erótica de la escritura, anticipándose, de esta manera, a las corrientes europeas de la estilística estructuralista. Sus ensayos son imaginativos, poéticos, abiertos y constituyen una recreación de textos y visiones. Con la Muerte de Narciso emplaza al lector frente a una situación límite de la realidad de cuyo desmantelamiento surge otra realidad artísticamente potenciada y reconstruida dentro de una fascinante y barroca mitología.